

asesinado (y tendría sus motivos: una antigua infidelidad de ella; sus propios ataques exacerbados de violencia, sobre todo en los últimos tiempos, bordeando la locura), o simplemente la mujer se ha perdido, o ha decidido abandonarlo, o se ha ahogado o suicidado? Lo cierto es que Kathy, de pronto, ya no está: se esfumó, como la moneda o la ciudad en la palma de la mano, o como My Lai, y nunca se sabrá ni cómo ni por qué. La investigación subsiguiente no va a aclarar nada –aparece un *sheriff*; se suceden, en forma de capítulos independientes, las *Hipótesis* y los *Testimonios*; la novela, en lo que tiene de policíaca, se quedará sin final–, pero servirá para reconstruir la biografía de Wade, lo que no es otra cosa que la construcción de la historia: por el autor, así como la recuperación de la Historia después del intento de otros de destruirla reescribiéndola.

Y mientras que una de las *Hipótesis*, por ejemplo, nos lanza a la soledad espléndida y pavorosa del lago junto a Kathy, para perdersen con ella entre su brillo, sus jirones de niebla, sus islotes enmarañados y cubiertos de pinos, sus infinitos canales, sus orillas salpicadas aquí y allá por cabañas de pescadores abandonadas, preguntándonos con ella cuál es el rumbo correcto, dónde está el norte y dónde el sur, qué hacer, si atracar en aquella playa o continuar, los *Testimonios*

retienen un variado y sorprendente repertorio de sedes que incluyen desde declaraciones –pertenecientes al orden de la ficción– de familiares, allegados, vecinos, colegas o conocidos del matrimonio, hasta fragmentos de la documentación real levantada con ocasión del juicio militar a los responsables de la masacre de My Lai.

De este modo, el autor parece adoptar deliberadamente los mismos recursos de su protagonista: lo que ocurre, tal vez no ocurrió (es sólo una *hipótesis* o, más bien, una ilusión); la narración se fragmenta como el cuerpo de la *partenaire* troceado por el mago (entre tanto, o en los *intersticios*, habla el teniente Caliey, habla el general Custer, habla George Sand...); los propios *testimonios*, absolutamente heterogéneos, se integran, no obstante, en una totalidad, a la manera de los breves y diversos números que son unificados por el mago en el espectáculo (ahora es la descripción de un episodio de la destrucción de My Lai o de la matanza de indígenas norteamericanos en el siglo XIX; ahora, una reflexión filosófica, seguida de la lección extractada, justamente, de un manual de magia, etc.).

Y al final, el truco supremo, esta vez nuevamente a cargo del protagonista, cuando él mismo, hastiado de todo, decide desaparecer siguiendo el rastro de su esposa en el lago

(*transporte causal*, se denomina en la jerga esta autofagocitación mágica). Al intentar comprender la muerte de su padre —que se ha ahorcado—, *El Mago* reflexiona: «Más o menos, la cosa funcionaba así: te dedicas a tus asuntos, cargas con los pesos que te agobian, te escudas en el silencio y ocultas esa historia que parece demoníaca a los demás y muy a menudo incluso a ti mismo [...], de vez en cuando tratas de olvidar y traicionas el presente con cada vaharada de fétido aliento procedente de los gases en descomposición de un pasado podrido. Y, un buen día, encuentras la cuerda de tender. Tienes la idea que te sorprende. Pones del revés el cubo de la basura, te subes a él, le das la patada y quedas unido al Misterio».

El mismo misterio (mágico) que rodea, desde la primera a la última página, a esta novela singular. Quizá porque, como añade *El Mago*, «es mejor dejar a tu público blandiendo los puños y gritando en la oscuridad, mientras unos se preguntan *¿Cómo?* y otros *¿Por qué?*».

Ricardo Dessau

En las brumas de la memoria*

Veintitrés años después de que el *Movimento das Forças Armadas* presentará el plan de descolonización que debía aplicarse al último de los sistemas coloniales europeos —el portugués— António Lobo Antunes editó su *Esplendor de Portugal* (1997). Al cabo de dos años, Siruela presenta el texto en castellano, el quinto título del autor que la editorial ofrece a los lectores españoles. Las obras de Lobo Antunes traducidas por Siruela corresponden a la década de los noventa (*Tratado de las pasiones*, *El orden natural de las cosas*, *La muerte de Carlos Gardel* y *Manual de Inquisidores*) aunque la producción literaria del autor portugués tiene ya veinte años de experiencia y *Esplendor de Portugal* es su duodécima novela.

Los seguidores de su prosa ya saben que enfrentarse a una nueva propuesta de Lobo Antunes es acep-

* António Lobo Antunes. *Esplendor de Portugal*. Madrid: Siruela, 1999. Traducción de Mario Merlino. *Libros del Tiempo*, 109.

tar un reto que obliga a una lectura atenta y tensa para evitar perderse en la complejidad estructural y técnica que caracteriza su escritura. Son obras que buscan un lector participativo que acepte la labor de ir completando la trama argumental al acumular y ordenar las medidas dadas informativas que el autor va liberando sobre personajes y hechos. La técnica narrativa del autor portugués exige un lector que se sepa consciente de moverse siempre entre intuiciones que poco a poco se van confirmando y que, a su vez, despiertan otras; un lector, en definitiva, que irremisiblemente se deje absorber por las páginas del relato hasta el final. Aunque Lobo Antunes se declara actualmente más interesado por el proceso literario que por el tema narrativo o el retrato psicológico de sus personajes, estos dos últimos aspectos adquieren un protagonismo de marcada contundencia en *Esplendor de Portugal*. Sí es cierto, no obstante, que a Lobo Antunes, más que un determinado comportamiento psicológico o el desarrollo de un tema, le seduce organizar su territorio ficcional a partir de estrategias discursivas enormemente sugerentes que impliquen al lector y mantengan su tensión de lectura. Al mismo tiempo, busca situar los resortes de la mente a flor de piel, evidenciar los vacíos que ésta crea para intentar superar una vivencia, o mostrar los extraños mecanismos de autopro-

tección que instintivamente el cerebro establece frente al sufrimiento o la desgracia. Como observador de la condición y las reacciones humanas y como estudioso de las formas inconscientes de justificación de las conductas, Lobo Antunes no deja escapar ni una sola de las oportunidades para mostrar cómo las circunstancias de la vida hacen que ésta se transforme abismalmente. El tono amargo y punzante, ya característico en sus obras, no evita que el lector se vea oscilando entre la sonrisa ante una situación dramáticamente tierna y el desasosiego ante la crueldad de injustas situaciones provocadas por la irreflexiva naturaleza humana.

Esta vez, *Esplendor de Portugal* —irónica alusión al himno nacional—, sin olvidar el tema de la muerte y la soledad que ya son una constante, sigue analizando el hilo conductor que articula su anterior novela, *Manual de Inquisidores*: el poder, su ejercicio y su pérdida. Le añade el recuerdo, un ingrediente imprescindible para desarrollar lo que el autor ha llamado *novela polifónica*, a partir del manejo de múltiples voces narrativas que, en primera persona, escarban entre los rincones de la memoria para reconstruir un pasado común. El punto de mira sobre el escenario que crea Lobo Antunes en *Esplendor de Portugal*, se proyecta desde la atenta observación de los recursos que tiene la mente humana para enfrentarse al

pasado, liberarse de él o refugiarse en el recuerdo para sustituir una realidad insoportable. La memoria mantiene en vida a los personajes y hace que su presente no tenga sentido si no es por el peso del pasado.

La mirada inteligente y lúcida sobre la cotidianidad de la vida portuguesa es el punto de partida de la mayoría de las novelas del autor, revelándose así como el analista—sarcástico, crítico, agresivo y escéptico, aunque de tirante e inquieta indulgencia— de las pequeñas vidas anónimas de clase media y de bajo nivel cultural. También *Esplendor de Portugal* deja ver, desde la cotidianidad, esos puntos de interés del autor: el universo de incomunicación que es la familia, la memoria de la infancia, el paso del tiempo transformando el recuerdo, la desilusión ante el incumplimiento de esperanzas y la mediocridad de la vida cotidiana. Para el lector español la cotidianidad que presenta el texto de Lobo Antunes resulta exótica y llena de situaciones excepcionales, pero es perfectamente identificable y se encuentra muy presente en la conciencia portuguesa actual. Fácilmente el escenario africano se entiende como un paisaje familiar para la sociedad portuguesa si se piensa que a finales de los años sesenta había más de seiscientos mil colonos en Angola, cifra que en una década triplicó su número, y que muchos de los que nacieron en los años cuarenta y cin-

cuenta se vieron envueltos en una sangrienta guerra en diferentes puntos del continente africano. Obviamente, en *Esplendor de Portugal* no se vislumbra ni un atisbo de *saudade* por Africa o de nostalgia por el antiguo Imperio, sino que se pone de manifiesto que esa gloria portuguesa, en un momento de su historia contemporánea, fue despreciable para Portugal y que ese desprecio se manifestó no tanto por la creencia en determinadas ideologías como por actitudes y comportamientos de rechazo frente a realidades difícilmente asumibles. No es la primera novela de Lobo Antunes que aborda el tema de la guerra colonial y el éxodo portugués; en 1979 publicó *Os Cus de Judas*, novela en la que experimenta sobre la ficción de una realidad brutal desde un tono ferozmente anticolonialista, y en 1988 aparece *As Nazis*, una alegoría del viaje de expansión renacentista enfrentada al retorno de los portugueses de África en los años setenta. Hace mucho que los escritores portugueses hablan de la guerra colonial, tanto, que hasta ha originado un importante subgénero dentro de la narrativa lusitana de las últimas décadas del siglo XX. No obstante, a pesar de ser un tema literario y de encontrarse vivo en la sociedad portuguesa, la historiografía todavía no se ha decidido a enfrentarse en serio a esa parte de la historia de Portugal traumática, cruel y dolorosa.